

todos de datación. Hasta muy avanzado el presente siglo la mayor parte de las dataciones atribuidas a los fósiles o a los restos del hombre primitivo no pasaban de meras conjeturas, pero recientemente las estimaciones han sido sustituidas por cálculos cuidadosos. Uno de estos métodos, que utiliza la decreciente radiactividad del carbono, proporciona un cálculo fidedigno del tiempo, que nos permite remontarnos hasta unos 40.000 años en el pasado de aquellos objetos que contienen carbono, tales como el carbón de un fuego de campamento. Para dataciones que se han de remontar a millones de años, se está usando de modo creciente un método conocido como la datación potasio-argón, muy útil para calcular la edad de las rocas y de otros muchos objetos, como, por ejemplo, los huesos que quedan incrustados en los minerales.

Uno de los más útiles procedimientos, recientemente descubiertos, para ampliar nuestro conocimiento acerca de los antecedentes del hombre consiste en observar —tal como hace este libro— a los animales vivientes que guardan parecido con los directos antepasados del hombre. Entre estos lejanos parientes del hombre se hallan las musarañas arborícolas: animales primitivos no muy diferentes de los antiguos mamíferos. Otro de estos parientes es el celacanto, un extraño pez cuyos antepasados tenían dentro de sus aletas bulbosas unas conexiones óseas, semejantes en cierto modo a los huesos de los brazos y las piernas humanos. Sobre extremidades muy parecidas a las aletas del celacanto serpentearon sobre la tierra los primeros vertebrados.

Hoy en día, incluso los animales más distantes del hombre pueden proporcionar información acerca de su pasado. Concretamente, una gran parte de nuestro conocimiento sobre el comportamiento del hombre en el pasado se deduce de los estudios acerca del comportamiento animal. El hombre es, por ejemplo, un animal social, pero no fue él quien primero conoció la fuerza que proporciona el número. Ciertos tipos de insectos actuaron así muchos millones de años antes que él, y el resultado es el maravilloso mundo de los insectos sociales —hormigas, abejas,

avispas y termitas—, cuyas “civilizadas” colonias se encuentran en todas las zonas habitables de la tierra. Aunque los insectos no contribuyen en nada a la herencia del hombre, su modo de vivir en grupos ofrece luminosos paralelos con las sociedades humanas.

Pueden observarse paralelismos similares en las agrupaciones cerradamente estructuradas en que viven animales tales como los lobos o los babuinos. Pero ninguna de estas sociedades de mamíferos de bajo nivel muestra signo alguno de progreso hacia niveles más elevados. Esta hazaña, que literalmente cambió la faz de la tierra, fue llevada a cabo por unos pequeños y erectos primates que fueron los directos antecesores del hombre. Sus grupos de caza, que al principio debieron ser tan simples, probablemente, como las manadas de lobos, se fueron haciendo gradualmente más organizados, y sus descendientes desarrollarían el lenguaje para lograr una más rápida y completa comunicación. Aprendieron el modo de utilizar el fuego y de dar forma a utensilios de madera, piedra o hueso. Construyeron abrigo para protegerse de las inclemencias del tiempo y vivir más confortablemente.

A partir de este momento la historia del hombre es la historia de sus avances técnicos y de sus logros sociales. Quizás el más importante de tales logros fue el casi simultáneo desarrollo de la agricultura y la domesticación de animales. Cuando los primeros agricultores lograron domesticar animales y plantas, convirtieron las tierras improductivas en campos cultivados y en pastos. La población humana aumentó prodigiosamente y se extendió hacia áreas habitadas únicamente por los cazadores nómadas. Aparecieron los primeros poblados, que pronto se fueron haciendo más grandes y a los que se protegió con murallas; en ellos se crearon templos para los dioses locales. Luego vinieron las ciudades, más tarde los imperios. En poco más de 1.300.000 años —un espacio de tiempo muy pequeño en la escala de la evolución— desde la aparición de la primera criatura a la que se puede denominar humana, el hombre se había transformado de un extraño cazador nómada en el señor indiscutible de su planeta.

Los autores